

se la opinion, que se tenia de nuestro Santo? Atendida, ya la posia de unos hombres de tan gran caracter como los Cardenales, ya la importancia de la materia, ya la grandezza de la obra, hacer à Buenaventura arbitro de sus diferencias, era confesarle por el mas virtuoso, por el mas prudente, por el mas justo, y por el mas literato de su siglo. Los hombres cuerdos, y prudentes no acostumbra fiar negocios de mucha menor importancia, sino precediendo, ò un examen rigido, ò una fama constante de aquellos à quienes los encomiendan. Creed, pues, que para honrar à nuestro Santo con su confianza los Cardenales, no se movieron sino por la penetracion del fondo de sus virtudes, y por el conocimiento de su sabiduria. De su rectitud, y de su zelo havia dado ya pruebas incontrastables en la administracion, y gobierno de la Religion de los Menores. La mayor parte de sus escritos corrian ya por las manos de todos, y era tanta la estimacion, que de ellos se tenia, que era venerado su Autor como un nuevo prodigio de sabiduria. Tantas virtudes, juntas con tanta ciencia, le hicieron tan accepto à Gregorio X. que tratando de convocar Concilio General para efectuarse la union de la Iglesia Griega con la Latina, puso los ojos en San Buenaventura, para que autorizado con el Capelo, sirviese à la Iglesia en el futuro Concilio, no solo de candelero, sino de muro. No zelò tanto el Sumo Pontifice su designio, que no se esparciesse el rumor por Roma, y herido nuestro Santo con esta noticia, pensò evitar este golpe con que se sentia amenazada su humildad, siguiendo el egeemplo de los Anselmos, de los Gregorios, de los Fulgencios. (1) Huyò el cuerpo, no à la persecucion, sino al honor. Temiò la dignidad, como el mas ambicioso temiera la repulsa. Y si para escusarse de admitir el Capelo no renovò las finas industrias, ò de Amonio, (2) ò de Ephren,

(1)

(1) Nuñ. Emp. Sac. emp. 5. in fine. (2) Socr. lib. 4. cap. 28.

(1) ò de Ambrosio, (2) fue quizà, porque no le constaba bastantemente de la voluntad de Gregorio X. ò porque pensò, que la fuga, que hizo à Francia desde Roma, le pondria en salvo contra la dignidad amplissima, à quien su humildad tenia concebido tanto horror. Mas le fallaron sus designios à Buenaventura; pues en la primera creacion de Cardenales, que hizo el Pontifice, le destinò para la sagrada Purpura, y para el Obispado Albanense, despachando à Francia correos apresuradissimos con letras tan apretadas, para que admitiessse la dignidad, y partiessse al punto para Roma, que no hallò su humildad arbitrio alguno para la resistencia. Otro menos poderoso, que un Pontifice, que manda con plenitud de potestad, no hubiera podido ablandar el teson humilde de Buenaventura. El sabia, que la humildad para ser provechosa havia de ser obediente; que la obediencia es de mayor precio, que el sacrificio; que la resistencia en tales circunstancias haria delincente à la humildad; que someterse al yugo del precepto, era fuerza para no dejar de ser humilde; y así apoyado sobre el oraculo de los Proverbios: *Vir obediens loquetur victoriam*, (3) admitiò la Purpura, y el Baculo, cediendo su humildad à la obediencia. Colocado San Buenaventura sobre el candelero de oro de la dignidad Cardinalicia, fue luz, cuyos bellos resplandores se comunicaron à toda la Iglesia. Llegò el dia tan suspirado de abrirse el Concilio General, segundo Lugdunense. Hallaronse presentes ambas Iglesias. La Latina representada en la Persona sagrada de Gregorio X. el Colegio de los Cardenales, el Rey Jacobo de Aragon, quinientos Obispos, setenta Abades, y diversos Prelados, y Doctores. La Griega, compuesta de los Embajadores del Emperador Paleologo, los Patriarcas de Constantinopla, y Antioquia,

los

(1) Nizephor. lib. 9. c. 9. (2) Paulin. in vit. S. Ambros. (3) Prov. cap. 21. v. 28.

los quales traian cartas de los otros Prelados Griegos. En este Congreso, por ventura el mas respetable, que ha visto el mundo, orò dos veces San Buenaventura, la una antes de la llegada de los Griegos, la otra despues; pero ambas con una eloquencia tan magestuosa, con un estilo tan puro, con una dulzura tan agradable, con una erudicion tan vasta, con tal abundancia de sentencias, que tuvo en admiracion gustosa à todos los Padres, los quales le oian como à un iluminado interprete de las Escrituras, y como à un organo por quien hablaban los antiguos Doctores. Hay quien diga, que era voz publica, y universal en el Concilio, que al zelo, y sabiduria de San Buenaventura se debia la reduccion de los Griegos. (1) Lo que es innegable, que nuestro Santo contribuyò mucho à la union de ambas Iglesias, pues los Griegos se reconocieron obligados à el señaladamente, honrandole con magnificas alabanzas, y veneraciones, haciendole conocido entre ellos con los nuevos nombres, que le impusieron de *Eustachio*, que es lo mismo, que Buenaventura, y *Eutichio*, que significa el sabio.

Despues de celebrada la quarta selsion de este Concilio, se sintiò Buenaventura con alguna indisposicion, que se creyò nacida del inmenso trabajo, y ardor con que tratava las causas de la Iglesia, y de la Fè. Agravòse la enfermedad, y despues de haver dado en ella pruebas de su paciencia, en la alegria con que sufría el ardor de la calentura; de su Religion, en la protesta, que hizo de la Fè; de su amor à Dios, en los suspiros ardientes con que se deshacia su espiritu; de su humildad, en la confesion publica de haver sido siervo inutil, y de ningun provecho à la Santa Iglesia; despues de haver llenado de egemplos, y doctrinas à los domesticos, y estraños, tuvo finalmente el dolor de no poder recibir la sagrada Eucaristia por Viatico, à causa de unos

VO-

(1) Cornej. in vit. S. Bonav. cap. 18.

vomitos continuos. Su humildad fue el lenitivo de este dolor, pues luego atribuyò à las muchas culpas, defectos, y tibiezas, de que se consideraba reo, el verse privado de tan gran consuelo, como emprender el viage de la eternidad, robusto, y fortalecido con el pan de Angeles. Pidiò no obstante à los Religiosos, y Sacerdotes, que le asistían, tra-gessen à su presencia el venerable Sacramento del Altar para adorarlo, y consolarse con la vista de aquel Señor, à quien sus tibiezas, mas que su accidente, hacian indigno de recibirle. Se condescendiò con sus ruegos. Mas quien podrá decir, quan inflamados eran los coloquios, que Buenaventura tenia con su Dios? Quan dulces sentimientos explicaba à su amante Dueño? Quantas lagrimas se destilaban blandamente de sus ojos? Quantos suspiros se arrancaban de su corazon? Ninguno es capaz de poder dar una idea, que manifieste los varios afectos, de que era lleno el espiritu humilde, y puro de Buenaventura. El gozo por la presencia de su Redentor le transportaba. El dolor de no poderle recibir le era un martirio. El conocimiento de aquellas culpas, que solo eran grandes miradas con los ojos de su humildad, le confundia. La bondad de su Dios, de quien concebía tan altamente, le animaba. La severidad de la Divina Justicia, era desfaliento de sus esperanzas. A toda esta variedad de afectos, que eran otras tantas heridas, unas dulces, mordaces otras, quisiera aplicar el balfamo virtuosissimo del Sacramento soberano; mas no siendole posible à lo natural, tomó en sus manos el Copon de las sagradas Formas. Lo aplicò apretadamente à su corazon, y valiendose de su grande ingenio, y de su intima caridad, comenzò à manifestarle al Señor sus deseos, haciendole quejas amorosissimas, y humildes. Como el ciervo, Señor, diria, desea las fuentes de las aguas, así mi alma anhela à ti mi Dios. (1) Yo para mi

Es-

(1) Psal. 41. v. 2.

Esposo, y él se convierte para mí, (1) Encontré à quien ama mi alma ardentemente, tengole, y no le dejaré. (2) Clamé à ti Señor, y dige: Tu eres la esperanza mia, y mi heredad en la tierra de los vivientes. (3) No, dulcísimo Amor mio, no es contingencia lo que me estorva recibiros, es disposicion de vuestra providencia, para que tan soberana Magestad no entre en un corazón indigno de tal dicha. Me someto, Redentor mio, à vuestra voluntad. Adoro, Señor, la mano con que me herís. Me confieso indigno de que mi pecho sirva de morada à vuestra grandeza; mas no regateéis una palabra siquiera, poderosa para darle à mi alma la salud. La fuerza, Señores, de estos sentimientos tan inflamados, y devotos, obligò à Buenaventura à que, perdidos enteramente los sentidos, se quedasse extatico, manteniendo en las manos, y aplicado al pecho el Copon de las sagradas Formas. Pero, ò prodigios obrados por un Dios, que tiene sus delicias en el comercio con las almas justas! O maravillas capaces de resolver en fuego el yelo del corazón mas frio! O milagros del poder Divino, hechos argumento de la inocencia, y del amor de este Serafin! Jesu Christo Sacramentado, que ya otra vez havia venido al corazón de Buenaventura en la mano de un Angel, para mostrarle, que debia deponer sus temores, y vencer sus retraimientos humildes, obrò aora con un modo mas soberano, digno de su poder, y de su fineza. Rompiò con dulce violencia una brecha en el pecho amante de Buenaventura. Abrió una rotura junto al corazón del tamaño, y color de una fragante rosa, y saliendo del Globo una Hostia consagrada, entrò por aquella puerta el Vencedor amante, enarbolando en la rendida fortaleza el estandarte victorioso de su caridad. Yo sè, que el poder divino ha obrado despues en una Santa Juliana semejante prodigio; y un San Raymundo tuvo tambien

(1) Cant. cap. 7. v. 10. (2) Cant. cap. 3. v. 4. (3) Psal. 141. v. 6.

bien parte en este favor, disponiendo el Cielo, que los Angeles le administrassen el Viatico en su ultima enfermedad: Mas esto mismo de ser tan raros los egeplares, es prueba de no concederlo el Señor, sino à quien mucho ama. Amàs, que en las mismas circunstancias que Buenaventura, si otro Santo ha sido favorecido, no he tenido yo la dicha de leerlo, aunque lo he buscado. En suma el Serafico Dotor no fue defraudado de su deseo, y fortalecido con el Pan del Cielo, dejò los despojos de la mortalidad, y partiò à la Gloria à contemplar sin el velo el rostro de su Dios. Llegò à su Ocaso el Sol de Buenaventura. Se apagò la luz clarissima, que puesta sobre el candelero de tan soberana Dignidad, era el gozo de todos los domesticos de la gran Casa de la Iglesia. Cerrò sus ojos para nunca mas abrirlos, aquel, que con una mirada serenaba los mas turbados corazones. Pobre Religion de San Francisco como quedas? En un dia se eclipsa todo tu gozo, se cierra la fuente de tu alegría, te falta quien era tu honor, y tu decoro, quedas hecha presa de la tristeza, y el dolor. Pidele sus lagrimas à Jeremias para llorar à medida de tu sentimiento la falta de un Prelado, que era el colmo de tu felicidad, y de tu dicha. O muerte defatenta! O muerte cruel! Qué es lo que has hecho, acabando con una vida tan importante, y tan amable? Si querias satisfacer tu insaciable voracidad, faltaban otros, ò decrepitos por su edad, ò dañosos al mundo por sus costumbres? Si querias tener la gloria de egercitar tu dominio sobre Buenaventura, no podias tener la cortesía de dejarle poner fin à las grandes empresas, que està tratando? Setenta, y ochenta años sufres la segur en la mano sin descargar el golpe sobre otras muchas cabezas dañosas al publico, y no has podido esperar mas que cinquenta y tres, para acabar con una vida la mas util à los intereses comunes? Quitate de delante de nosotros. Tu defatencion muestra bien la vileza de tu principio. Bien se echa de ver, que tienes por

padres la desobediencia, y el delito. Ves muerte, ves, y gozate con la inhumana vanidad de haver con un golpe quitado la vida mas preciosa, y herido el alma de todo un Concilio. Enfobervecete de haver hecho caer una cabeza, que hacia temblar à la heregia. Gozate con el cruel gusto de ver marchita la mas bella flor, cuya fragancia era las delicias de la Iglesia. Mas aguarda un poco, que no tienes tanto de que gloriarte como crees, pues no lo has podido todo contra Buenaventura. Y si no dinos, ò muerte: Dònde està tu gran vitoria? *Ubi est mors victoria tua?* (1) Has podido introducir en el cadaver de Buenaventura alguno de aquellos horrores, que acostumbra dejar por consecuencia de tu triunfo? Le ha tocado la rigidèz? Se le ha llegado la corrupcion? Descubrirà alguno su rostro menos hermoso? A pesar de tu tirana altaneria no admiran todos su cadaver flexible, frèsko, sereno, fragrante? Su rostro hermoso, y agradable no desmiente tu jurisdiccion? Ni pienses, ò muerte, que te has hecho por esto menos odiosa, ò menos culpable. De estos privilegios, que goza el cadaver de Buenaventura, no se reconoce à ti deudor, sino à Dios, que puso limites à tu poder. De tu parte nada ha quedado que hacer, para acabar con su vida con una muerte comun. Para que te haga, pues, mal provecho tu vanidad, sabràs, que con este golpe tan intempestivo te has ganado el odio de todo el mundo. La Cabeza suprema de la Iglesia se considera ofendida de ti, pues le has quitado un sabio, y virtuoso Hijo, que era el deposito de sus confianzas en las presentes urgencias. El venerable Colegio de los Cardenales te acusa, haverle robado un hermano, que era las delicias, y el egemplo. Los Padres del Concilio se llenan de indignacion contra ti, quando echan menos aquel abismo de sabiduria, y celestial prudencia, que reconocian en Buenaventura. Los Gri-

(1) 1. Corinth. c. 15. v. 55.

Griegos no te perdonaràn el agravio de haverles quitado, apenas le conocieron, al que ellos llamaban su padre, y su Maestro. La Religion de S. Francisco tiene concebido contra ti el mas justo enojo, porque se mira ya, sin el que era la regla animada de su Instituto, el apoyo de la observancia regular, el honor de toda su Familia. Las Religiones Mendicantes te miran como enemiga, porque has derribado al que les servia de muro contra los tiros de la emulacion, y la calumnia; pues han sabido de S. Antonino de Florencia, que la Providencia havia puesto à Buenaventura en el Concilio de Leon, para su defensa. Quantas lagrimas corren de los ojos de toda la Iglesia, junta en el Concilio Lugdunense, son otras tantas acusaciones de tu crueldad, y desatencion. Solo te has hecho acepta, ò cruel muerte, à un Phocio, y sus secuaces, que mirandose sin el grande embarazo de Buenaventura, se consideran con fuerzas, y sagacidad bastante para hacer permanecer la division entre Latinos, y Griegos. A un Guillermo, y à un Giraldo, quienes no tienen ya que pelear con aquel valiente Judas Machabeo, que puesto à la frente de las Religiones, defendia los derechos de los verdaderos Israelitas. A todos los hereges te has hecho grata, pues has hecho enmudecer aquella lengua, que era el candado de los labios de los perversos. Los vicios te agradeceràn haverles quitado à quien les era estorvo para comparecer en publico. El Infierno te darà gracias, pues podrà aumentar el numero de sus infelices habitantes, faltando del mundo quien rompia las cadenas à sus esclavos.

Señores, yo sospecho, que vosotros mientras ois mis declamaciones contra la muerte, os persuadis quizà, que me dejo llevar demasiado del afecto à nuestro Santo, exagerando mas de lo que debiera su falta. Si así lo pensais, diria yo, con vuestra licencia, que semejante persuasion nacia de no estar vosotros bastantemente informados de la estimacion, y credito, que tenia Buenaventura en el mundo.

No os arrepintais, si me haveis creído, pues Buenaventura fue un hombre tan importante à los intereses publicos, que Gregorio X. hablando à todo el Concilio, dijo con dolorosa ponderacion: *Que por la muerte de Buenaventura havia padecido la Iglesia una gran pérdida.* (1) Era voz comun en el Concilio Lugdunense, que havia caído una robustissima columna de la Christiandad. Ni tendreis que admirar estos sentimientos de Gregorio X. y del Concilio de Leon, si considerais un poco primero la opinion en que los Sabios han tenido à Buenaventura, y el aprecio, que los mayores Literatos han hecho de sus escritos. Y primeramente en el Concilio Florentino se abrieron sus libros, como promptuarios de verdades, y utilísimos para regular por ellos las resoluciones, que se havian de tomar en el Concilio. S. Pio V. hizo tanto aprecio de la doctrina de San Buenaventura, que nada le quedò que hacer para que se frequentasse su uso en la Religion Serafica. Clemente IV. confessaba de si mismo, que leía los Sentenciarios de nuestro Santo con singularissimo consuelo, y especial aprovechamiento suyo. Los dos Sixtos IV. y V. en las Bulas de su Canonizacion, y Dotorado de la Iglesia, se derraman en alabanzas magnificas de sus virtudes, y doctrina. Trithemio en su tratado de *Scriptoribus Ecclesiasticis*, assegura, que Buenaventura se aventajò à todos los Doctores de su tiempo en lo provechoso de sus escritos. (2) Mauricio Bresio en la Oracion, que dijo delante de Sixto V. y de todo el Consistorio de los Cardenales, le llama: „ Antorcha luminosa del Evangelio, espada cortadora de „ errores, y heregias, ventilabro de las verdades de la Fè, „ armeria de los Fieles, y segur cortante de arboles infructiferos. (3) Gerson, aquel cèebre Canciller de Paris, hombre, que à ninguno tiene que ceder en la grandeza de su

(1) Eccles. in Off. S. Bonav. (2) Trith. de Scrip. Eccl. Bonav. omnes sui temporis Doct. utilitate operum facile antecellit. (3) Corn. vit. S. Bonav.

su talento, y penetracion: èste pues, hecho viejo sobre los libros, y las Cathedras, se reprehende à si mismo de no haver entendido solamente en leer las obras de San Buenaventura, como que ellas solas bastan para ilustrar, y hacer dichosa qualquiera mente; (1) pues ninguna otra doctrina, dice èl mismo, es mas sublime, mas divina, mas suave, mas saludable. (2) No me huviera atrevido à alegar este testimonio tan illustre, si fuera de algun domestico. Sus escritos han sido siempre la mas estimada prenda de los Literatos, no solo por la elegancia del estilo, por la magestad, y gravedad, como ponderò Leonardo Aretino, gloria de la eloquencia de su tiempo; sino mucho mas, por la sutileza de los pensamientos, por la solidèz de los discursos, por la profundidad de las sentencias, y sobre todo, por el fuego de la piedad, que comunica junto con la luz de la doctrina, como dijo Trithemio. (3)

Tal como haveis visto ha sido, Señores, el Serafico Dr. S. Buenaventura. Ha sido mirado como singularissimo por la pureza de sus costumbres, por la prudencia, y suavidad de su gobierno, por el esplendor, y profundidad de su sabiduria. Todos sus empleos, y sus escritos le han mostrado un hombre nuevo, incapaz de doblez, y de mancilla, en quien el apetito de la sabiduria fue inocente, y su posesion le mantuvo humilde. Adan si le mirasse despues del Bautismo, no le reconoceria quizà por hijo suyo, pues echaria menos en èl la indocilidad, la avaricia, la ambicion, la ignorancia, la inclinacion à lo deleitable, que fueron el patrimonio, de que dejò herederos *in solidum* à cada uno de sus hijos. Buenaventura ha desmentido la corrupcion de su ori-

Z 2

gen;

(1) Gerf. lib. de Exam. Doct. (2) Gerf. ubi supr. *Dixi mecum, sufficit hec doctrina, ut quid stulto labore consumeris? Quid dicis? Quid scribis? Multiplicentur potius, & transcribantur opera Doctoris istius. Doctrina S. Bonav. nulla sublimior, nulla diviniore, nulla suavior, nulla salubrior.* (3) Trith. *Expandit ignem cum lumine.*

gen; y así ha disimulado con el uso de la gracia las pasiones de hombre, como si no las hubiera contraído. Fue deudor à Dios de sus inclinaciones, y talentos; pero no tuvo el Señor de que arrepentirse, pues Buenaventura no recibió en vano los divinos favores, ni fue ingrato à su liberalidad. De todo usó con fidelidad, con fruto, y con honor. Fiel al Señor por la elección, que hizo de él para Doctor de su Iglesia; no dejó quejosa sus obligaciones. Prevenia su enseñanza con el ejemplo, y nunca exortaba à alguna virtud, que no la viesse resplandecer en sus obras, pues tenia presente aquello de San Matheo: *Qui fecerit, & docuerit, hic magnus vocabitur in regno Caelorum.* Por esto es tan grande, no solo en el Cielo, donde tiene lugar muy distinguido entre los Virgenes, Confessores, Pontífices, y Doctores; sino en el mundo, donde fue grande à los ojos de Clemente IV. de Gregorio X. del Concilio de Leon, de San Luis Rey de Francia, de la Universidad de Paris, y de los Prelados, y Principes mas ilustres de su siglo. Su doctrina, aunque como la de los otros DD. de la Iglesia sea una fecunda lluvia, que hace fertiles de buenos deseos los corazones, tiene además de esto ser una agua como la del pozo de Nehemias, (1) que vertida sobre qualquier Christiano corazon, lo convierte en llamas purísimas del amor sagrado. Este es, Señores, el caracter, que distingue de los otros los escritos de San Buenaventura. Aplicaos, pues, oyentes à leer las obras de un Santo, en quien hallareis luces, que iluminen la mente; y rayos, que inflamen la voluntad en el amor divino. El gusto, y la piedad cogerrán cada uno sus frutos en esta lección; pero es menester para que prenda en el corazon este divino fuego, que encienden los escritos de San Buenaventura, que estén consumidas las humedades de los afectos al mundo con la llama ardiente de un dolor grande de
las

(1) 1. Mac. cap. 1. v. 23.

las propias culpas. Aborredlas cordialmente. Proponed la enmienda de los passados delitos. Leed despues à San Buenaventura, y no dudeis, que por la intercesion de tan gran Santo os hareis dignos de una abundante gracia, que es prenda segura de la eterna gloria: *Quam mihi, & vobis, &c.*

O. S. C. S. R. E.

SERMON DE ALMAS.

Quare persequimini me, sicut Deus, & carnibus meis saturamini. Job 19.



Ha havido hombre en el mundo digno de lastima por las desgracias à que le destinò Dios, no para castigar sus delitos, sino para hacer una prueba de paciencia, fue Job. Era este un hombre, con quien la fortuna havia ido prodiga, haciendole feliz sobre sus esperanzas, y no se si tambien sobre sus deseos. Tenia salud, tenia hijos, tenia possessions, tenia rentas, y en suma era el hombre grande entre todos los Orientales, (1) que es la expresion de que usa la Escritura para dar una idea de su felicidad, y de su grandeza. Este, pues, colocado en estado tan alto de mundana prosperidad, que parecia estar sobre el olimpo, li-
bre

Z 3

(1) Eratque vir ille magnus inter omnes Orientales. Job cap. 1.